

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lorca, mes. . . 0,40 pesetas.
Fuera 0,50 »

EL OBRERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Corredera, 54.

No se devuelven los originales.

SEMANARIO INDEPENDIENTE

ORGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

EL PRIMER HIJO

¡Es un niño, un niño!,—gritó, saliendo de la estancia en que acababa de verificarse el alumbramiento, la pobre anciana, recién promovida por la naturaleza al rango y la categoría de abuela. É incapaz de dominar su emoción, dejóse caer en los brazos de su yerno, deshecha en lágrimas de júbilo y enternecimiento.

¡Un niño! ¡El primer hijo! ¡El fruto ansiado, el tierno huésped de la vida aguardado con tanta impaciencia, el amor hecho carne y sangre, el ser misterioso cuya inconsciente voluntad de vivir ha presidido acaso, desde los limbos de la no existencia, al concierto de dos almas y á la santa unión de dos cuerpos! ¡El primer hijo! ¡El enviado celeste, el verbo del hogar, el inspirador de todas las abnegaciones, el centro adonde convergen y en donde se compenetrán todas las ternuras, el objeto de todos los ensueños y de todas las esperanzas, el vencedor de la muerte que alivia á los padres del terror de su desaparición como individuos, ofreciéndoles la resurrección en la inmortalidad de la especie! ¿Qué es nacer? ¿Qué es sufrir? ¿Qué es morir? Quien nunca ha tenido un hijo ese nunca ha vivido.

Por una tierna puerilidad del setimiento obstinóse el novel padre en velar aquella noche el sueño de su primogénito. Durante las largas horas de obscuridad y silencio, mientras la joven madre yacía sumida en ese anonadamiento reparador que sigue á las grandes crisis, la fantasía de aquel hombre lanzóse á galopar sin freno por los espacios infinitos de la conjetura. Es inevitable. Como la contemplación de una tumba evoca los fantasmas del pasado, la proximidad de una cuna obliga

á sondear los misterios del futuro. Vano, sin duda, é insensato, empeño, pero á cuya obsesión pocos habrán logrado sustraerse ante el espectáculo de una existencia que surge y de un destino que comienza.

¿Qué sería un día aquel pequeño culpable que acababa de perpetrar pocas horas ante el gran delito de nacer? ¿Quién sabe! Acaso, soldado heroico, llenaría de páginas gloriosas los anales de la patria historia. Acaso, legislador prudentísimo, dictaría á las sociedades las eternas normas del derecho. Acaso, integérrimo magistrado, declararía entre los hombres lo justo y lo injusto. Acaso, austero sacerdote, iluminaría las almas con su predicación y las edificaría con su ejemplo. Tal vez artista genial, arrebatase al cielo el talismán de la poesía y el secreto inefable de lo bello. Tal vez sabio profundo, arrancara á la naturaleza sus misterios, para enriquecer con ellos el patrimonio moral de la humanidad. Tal vez fogoso é inspirado tribuno, conmoviera y arrastrara á las muchedumbres con la magia de su elocuencia. Quizá (¿por qué no?) quizá el tierno ser que allí dormía su primer sueño era el salvador pedido, el redentor ansiado, el hombre del destino, el nuevo Mesías, enviado por la Providencia para vivificar una Patria que agoniza y regenerar á una sociedad que se pudre.

Y ni miserias, ni dolores, ni penas, ni amarguras, ni desengaños. Y ni culpas, ni remordimientos, ni expiaciones, ni vejez, ni muerte. Aquel primer prospecto de la fantasía era un cuadro de luz sin sombras. Visión esplendorosa de dichas, amores, triunfos, fortuna, gloria en que, apesar de la razón, á despecho de la experiencia, reverdecen inmortales en la mente del adulto, cuando fan-

tase el porvenir de la infancia, las ya para él marchitas ilusiones del adolescente.

Mas á medida que iba transcurriendo la larga noche tan poblada de fantasmas, el espíritu de aquel pobre soñador se fué entenebreciendo, poco á poco, como si con la proximidad de la aurora despertase en él el sentimiento de la realidad. Mientras en el cielo se hacía la luz, la sombra se iba haciendo en su alma. ¡El porvenir! ¿Quién osa ya aquí pensar en él sin estremecerse? ¿Qué padre hay en España que pueda contemplar á su hijo sin sentirse poseído por el vértigo del espanto ante esas existencias nuevas, lanzadas, en días como los actuales, al negro azar de lo desconocido? ¿Qué guarda para nuestros infelices sucesores la esfinge sombría, ceñudo el rostro y preñada de amenazas?

Y entonces el soñador vió desvanecido su ensueño. ¡Soldado! ¿Podría llegar su hijo jamás, sin tropezar con las postergaciones de la injusticia, á esas alturas en que es útil el genio y el heroísmo se hace infinitamente fecundo? ¡Legislador! El propio Licurgo aparecería á los ojos de los contemporáneos reducido á las proporciones de un cunero de la mayoría. ¡Magistrado! ¿Qué porvenir sería el suyo si no inclinaba la frente y doblaba la rodilla ante la iniquidad triunfante? ¡Sacerdote! ¿En qué curato de aldea moriría obscurecido el pobre clérigo, libre de las sugestiones de la ambición y extraño á las artes de la intriga? ¡Artista, sabio! ¿Buenas patentes una y otra para morir de hambre! ¡Tribuno! ¿Es que para cuando aquel niño fuese un hombre habría aquí todavía un pueblo? ¡Redentor, salvador, Mesías! ¿Es que para entonces habría ya aquí patria que redimir y sociedad á quien salvar?

¡Mil veces desventurada generación que todo lo ha devorado, todo lo ha malogrado, todo lo ha corrompido: ideales, sentimientos, entusiasmos, esperanzas, principios, intereses, y que, derrochado el patrimonio material y moral que le legaran sus mayores, dejará sólo á la posteridad, como herencia maldita, escepticismo, indiferencia, superstición, podredumbre, hambre, sangre, miseria y ruinas! ¡Y esa generación era la suya! Él, padre amantísimo, figuraría á los ojos de la despojada descendencia como coautor ó cómplice del negro, del inexpiable crimen. En vano se esforzaba en repudiar toda solidaridad en el gran delito colectivo. ¿No tenía en él, al menos, la complicidad de la flaqueza? ¿Había puesto cuanto estaba de su parte para impedirlo?

Su conciencia acusadora le representó luego á lo vivo el juicio de la Historia. Él mismo encarnaba lo presente; su hijo era el representante de nuestra infortunada posteridad. El padre, ya anciano, comparecía ante el hijo adulto como ante juez inexorable dispuesto á exigirle de su conducta estrecha cuenta.

¿Qué se había hecho de las libertades, de las franquicias, de los derechos que ganaron los antepasados al precio de su sangre? ¿Qué había sido de los prestigios de la Patria, de su dignidad, nunca antes mancillada, de sus grandezas, de sus colonias? ¿Quién había consetido el restablecimiento de la reacción bastarda y envilecedora? ¿Quién había mantenido al pueblo en la ignorancia y frustrado, acaso para siempre, las esperanzas del porvenir? ¿Cuya era la culpa de que el patrimonio nacional se hallara malbaratado, empeñado, entre las garras de prestamistas y logreros? ¿Es padre quien así procede? ¿Tiene derecho á en-